

einer Gogarten-Bibliographie, Kaiser, München) nos permita una apreciación de conjunto de toda la obra cristológica de Gogarten.

Dos autores evangélicos (P. Brunner, G. Friedrich) y dos católicos (J. Ratzinger, K. Lehmann) se preguntan, en *¿Confesión de fe anticuada?*⁵, sobre la actualidad de la tradicional 'confesión de fe', su función, la posibilidad y necesidad de remozarla. El trabajo de P. Brunner estudia la esencia y función de la confesión de fe. Dedicar su atención principalmente al credo apostólico-niceno y a su fundamentación bíblica (p. 22 ss.). Como es obvio, el aspecto cristológico ocupa en todo esto un lugar relevante. Y más todavía en el estudio de G. Friedrich, que se ocupa del tema "Hijo de Dios, concebido del Espíritu Santo, nacido de María la Virgen". No encontramos aquí grandes novedades: la literatura que maneja para los enfoques bíblicos consiste principalmente en los trabajos de V. Iersel, O. Cullmann, F. Hahn, y artículos del T.W.N.T.; para la parte sistemática se apoya en especial en E. Brunner y P. Althaus. J. Ratzinger presenta un capítulo de su *Introducción a la cristiandad* (Kösel, München, 1968), donde toca tres temas escatológicos del credo: el descenso a los infiernos, la ascensión de Cristo al Cielo, la resurrección de la carne. Nota con justeza que aquí más que en otros puntos se impone una "desmitologización", v.gr. a propósito del entender el cielo y el infierno como "lugares", o la resurrección de la carne con un sentido materialista. K. Lehmann por su parte, subraya la necesidad de renovación y remite entre otros a las observaciones de K. Rahner sobre la necesidad de una fórmula breve de la fe cristiana (Concilium, nº 23, pp. 450 ss.).

A casi 20 años de la edición original francesa aparece en castellano el libro de J. L. Leuba, *Institución y acontecimiento*⁶. En tres secciones: Cristología, Apostolado, Iglesia, procura comprobar el dualismo inicial y su prolongación en los primeros años de la Iglesia. La conclusión sería que el dualismo neotestamentario fundamental tiene validez perpetua (p. 232 ss.). El estudio es sugestivo y de cierta originalidad, en la línea de contribución a clarificar problemas ecuménicos de fondo. Subrayamos el apartado primero (base de los otros dos), en que estudia los títulos de Cristo, tratando de catalogarlos en títulos institucionales y títulos espirituales (p. 19 ss.). Toda clasificación demasiado rígida de los títulos de Cristo, se vuelve fácilmente forzada y artificial. Por otro lado, desde la edición original a nuestros días, han aparecido varios estudios serios sobre el tema (Cullmann, Kramer, Hahn, Taylor), de suerte que las 40 páginas de Leuba resultan algo elementales. No obstante el esquema es aprovechable, entre otras cosas por mostrar la coherencia y perduración del mismo en el ámbito del cristianismo primitivo.

⁵ *Veraltetes Glaubensbekenntnis?*, Pustet, Regensburg, 1968, 186 págs.

⁶ J.-L. Leuba, *Institución y acontecimiento*, Sígueme, Salamanca, 1969, 244 págs.

Entre los "pequeños escritos" de A. Schlatter *Sobre Teología del Nuevo Testamento y sobre Dogmática*⁷, dispersos en diversas revistas, U. Luck seleccionó y presenta los incluidos en este nuevo volumen de la "Theologische Bücherei" que los está reeditando. El artículo sobre *El método ateístico en Teología* (p. 134 ss.) en discusión con P. Jaeger, presenta una problemática ya superada como enfoque y como alarde de pretendida objetividad. Los dos primeros apartados, en cambio, aparecidos respectivamente en 1897 y 1905, tratan del *Servicio del Cristiano* (pp. 91 ss., 115 ss.) y tienen mayor actualidad. Queremos destacar, desde el punto de vista cristológico, su conexión con la humanidad sufriente de Jesús, con su obediencia y su cruz. Otro tanto cabe subrayar en las páginas dedicadas a la Mesianidad de Jesús (p. 151 ss.), trabajo de 1907, varias de cuyas observaciones conservan todavía hoy su valor. Desde otro punto de vista, se debe subrayar el artículo de 1909 sobre las relaciones de la Teología del Nuevo Testamento con la Dogmática (p. 203 ss.), problema candente hasta nuestros días.

*La vida frente a la muerte*⁸ es el título que lleva la colección de artículos ofrecidos en homenaje a H. Thielicke al cumplir sus 60 años. El título parece referirse a uno de los estudios claves de Thielicke sobre antropología cristiana, "Muerte y vida", aparecido en 1946 (cf. al final del libro, pp. 307-325, la bibliografía de las obras de T., desde 1932 a 1968). Los 16 autores tocan en efecto el problema de la muerte, pero también otros temas, como "el tesoro en el cielo" (K. Koch, p. 47 ss.), "la resurrección de la carne" (G. Kretschmar, p. 101 ss.). En lo cristológico queremos señalar el estudio de H. J. Margull: "Muerte de Jesús y dolor de Dios" (pp. 269-276), aunque el autor no profundiza mucho. Es de más importancia en cambio el artículo sobre el nombre de Dios, de R. Röhricht (p. 171 ss.), reflexiones a propósito de la "Teología después de la muerte de Dios". De sus siete "tesis" subrayamos la cuarta a propósito del nombre de Jesús, su validez e identificación con el nombre "Dios" (p. 182 ss.). Hay que destacar igualmente el estudio de P. Schmidt sobre experiencia de la muerte y espera de la vida: también establece conexiones con la muerte de Jesús (p. 210 ss.), lo mismo que con su resurrección.

IGLESIA

E. Laje

Hemos recibido el tomo I de la traducción castellana del comentario de G. Philips a la constitución *Lumen Gentium*, titulado, *La Iglesia y su mis-*

⁷ A. Schlatter, *Zur Theologie des Neuen Testaments und zur Dogmatik*, Kaiser, München, 1969, 272 págs.

⁸ *Leben Angesichts des Todes*, Mohr, Tübingen, 1968, 325 págs.

terio en el Concilio Vaticano II¹. El autor se propone tratar de comprender con la mayor exactitud posible la doctrina expuesta por el Concilio (p. 16). Comienza con una historia del documento, desde el proyecto primitivo, iniciado en el verano de 1959, hasta la redacción definitiva de 1964, destacando los tres aspectos que se quiso hacer notar desde el comienzo: un espíritu abierto y universal, un espíritu misionero y un espíritu de humildad y de servicio. Analiza también el proceso de elaboración del capítulo dedicado a la Santísima Virgen, que como se recordará, fue discutido con respecto a su inclusión o no en el documento definitivo. La segunda parte del libro consiste en un extenso comentario sobre la constitución. A partir de aquí los capítulos coinciden totalmente con los títulos y divisiones del documento, en un esfuerzo por llevar a cabo un análisis exhaustivo del mismo. Esta es la parte más extensa y a la vez más valiosa de la obra, particularmente las páginas dedicadas al problema de la colegialidad, donde se da una visión histórica y completa de la situación, con abundantes citas de teólogos contemporáneos y de padres de la Iglesia. Un capítulo sobre el diaconado y sus posibilidades cierra este estudio. La obra de Philips viene a complementar los otros comentarios ya existentes. El del *Lexikon für Theologie und Kirche. Das Zweite Vatikanische Konzil*, Teil I, Herder, Freiburg, 1966 (cfr. Stromata, 23 [1967], 206-207) donde también interviene Philips juntamente con Grillmeier, K. Rahner y otros autores, y que sigue un método de tipo exegético del documento. Y los otros comentarios que siguen un método más bien temático: el dirigido por Baraúna, *La Iglesia del Vaticano II*, Barcelona, 1966; el de la B.A.C., Madrid, 1966 (cfr. Stromata, 23 [1967], 207); y el de los profesores de la Facultad de Teología de la Universidad Católica, Bs. As., 1966.

Varios artículos eclesiológicos son recogidos junto con otros temas por la obra en colaboración ofrecida a Mons. Charue, titulada *Al servicio de la palabra de Dios*². En la primera parte que reúne estudios exegéticos e históricos, Coppens toca el tema del sacerdocio regio de los fieles inclinándose en su interpretación de la 1 Pedro por un sacerdocio espiritual más que cultural, y haciendo notar la diferencia entre el sacerdocio de los fieles y el ministerial. Lecuyer analiza la noción de comunión en los concilios africanos al comienzo del siglo V. Rose estudia la oración de la consagración del obispo, tomada de la *Tradición apostólica* de Hipólito, y que la Const. *Pontificalis Romani recognitio* del 18 de junio de 1968 introduce en el rito de la consagración episcopal. La oración evoca el designio de Dios, pide el don del Espíritu y enuncia las funciones del cargo episcopal, subrayando en un lenguaje bíblico la relación que une a los obispos con los Apóstoles y con Cristo. La Iglesia aparece como el santuario donde Cristo

¹ G. Philips, *La Iglesia y su misterio en el Concilio Vaticano II*, t. I, Herder, Barcelona-Buenos Aires, 1968, 482 págs.

² *Au service de la Parole de Dieu*, Duculot, Gembloux, 1969, XX-546 págs.

continúa su obra sacerdotal por los sucesores de los Apóstoles. En la segunda parte de la obra, titulada *Estudios conciliares*, aparecen, en primer lugar, tres estudios sobre la *Lumen Gentium*. Congar recorre la evolución de la tradición latina respecto de la noción de Cuerpo Místico. Heuschen estudia la colegialidad en la tradición latina y muestra que los Padres no han visto ninguna oposición entre la afirmación de que Pedro es fundamento de la Iglesia y de que los Doce también lo son a su manera. Para los Padres más antiguos y especialmente para Ireneo, los Doce son fundamento por la proclamación auténtica de la Palabra de Dios sobre la cual se edifica la Iglesia. Philips expone la razón profunda de la vocación universal a la santidad. La santidad es ante todo ontológica: el cristiano debe practicar la virtud, no para hacerse santo, sino porque ya lo es, debido a que, en su bautismo, ha sido transformado por la santidad de Dios. Esta parte contiene también un estudio de Butler sobre Escritura y Tradición, otro de Betti sobre el servicio que cumple el Magisterio respecto de la Palabra de Dios y tres estudios sobre la *Gaudium et spes*. El Card. Garrone muestra como la Iglesia reconoce que la fidelidad a la Palabra de Dios implica una fidelidad a la verdad de las cosas y a los momentos de la historia. Mons. Ancel examina el papel de la Iglesia en el mundo de hoy, y Dondeyne la relación entre Revelación y Cultura. La tercera parte dedicada a las tareas actuales nos ofrece también tres artículos sobre nuestro tema. Simonet sitúa el ser profundo del sacerdote y de la Iglesia por referencia al Señor que vino y que vendrá. La pertenencia definitiva a Cristo en esta perspectiva dinámica será el fundamento de una fidelidad esencial en un medio de variaciones accidentales de imágenes sociológicas, y garantizará la misión sacerdotal en su autenticidad de signo. Thils señala la ambigüedad del movimiento de desacralización. K. Rahner responde a la pregunta de si hay herejías en la Iglesia actual. Hace notar las diferencias legítimas que pueden nacer en la Iglesia por razón de las dificultades que puede tener un individuo para asimilar todos los puntos de la fe y también como consecuencia del pluralismo teológico inevitable en las cuestiones de interpretación. Señala que la Iglesia puede intervenir para mantener una profesión de fe única y por razones pastorales. En la práctica, la predicación no debe ser la ocasión de controversias teológicas desplazadas y la fe debe centrarse en el encuentro personal con Cristo resucitado.

Un nuevo aporte al diálogo sobre la naturaleza y constitución de la Iglesia a la luz del N.T. lo constituye la obra de F. A. Pastor Piñeiro, *La Eclesiología juanea según E. Schweizer*³. Como su título lo indica la obra se centra en el estudio de la eclesiología del evangelio y epístolas de S. Juan tomando como punto de referencia la interpretación de E. Schweizer. El

³ F. A. Pastor Piñeiro, *La Eclesiología Juanea según E. Schweizer*, Gregoriana, Roma, 1968, XXXI-241 págs.

problema debatido, dice el autor, podría circunscribirse en tres preguntas: ¿Existe realmente una oposición entre el camino constitucional de la Iglesia católica y el testimonio del N.T.? ¿Se puede instituir una polémica antirromana, a partir del evangelio y epístolas juaneas? ¿Pueden estos escritos ser considerados la máxima voz "anticatólica" dentro del N.T.? Pastor Piñeiro articula su investigación en tres partes: en la primera, sistematiza la teoría schweizeriana sobre la eclesiología juanea y su significación neotestamentaria y actual; en la segunda, confronta la teoría schweizeriana con las diversas observaciones y objeciones de la crítica; en la tercera, discute los principales argumentos polémicos de Schweizer. El autor llega a la conclusión de que la polémica antirromana de Schweizer está condicionada, en gran parte, por un cierto unilateralismo y desenfoque de sus ideas generales más importantes: sus concepciones de Roma, Nuevo Testamento y Catolicismo naciente. Y su argumentación presenta una cierta debilidad por su recurso a deducciones exegéticas y a reconstrucciones teológicas, a partir de los relativos *silencios* juaneos y de posibles hipótesis de tipo apriorístico. Aunque es verdad que S. Juan no pretende elaborar una eclesiología, no se desinteresa, sin embargo, de las realidades eclesiales, como lo demuestra su preocupación por las rectas profesiones de fe cristológica, por la oración, culto, misión y pastoral comunitaria, y aun por el mismo tiempo y concepto de Iglesia. Su vocabulario de coloración eclesial manifiesta una clara conciencia de la especificidad del grupo de creyentes cristianos como contrapuesto a la ortodoxia sinagoga y a las sectas. Su estilo, cargado de sabor patriarcal, de hieratismo, dramaticidad e ironía, no permite la deducción de una actitud psicológico-individualista, subyacente a sus escritos.

La obra de D. M. Stanley, *La Iglesia apostólica en el Nuevo Testamento*⁴, reúne una serie de ensayos, ya publicados anteriormente en diversas revistas, con la intención expresa de presentar una imagen, aunque tenga que ser incompleta, de la Iglesia, tal como ella da testimonio de sí misma en los escritos inspirados del Nuevo Testamento. El autor cree que uno de los medios más importantes con que contó la Iglesia para expresar esta conciencia de sí, fue la predicación de la Palabra de salvación. El culto público cristiano al Señor resucitado tuvo una significación semejante a la del kerigma. De ahí que la Iglesia primitiva experimentó un conocimiento cada vez más profundo de la obra redentora de Cristo por medio de sus acciones salvíficas, los sacramentos cristianos, y sobre todo la liturgia eucarística. En tercer lugar, gracias a la creación de un cuerpo de literatura inspirada, la Iglesia dio inmediatamente testimonio de su fe en Jesús y expresó también el conocimiento de su papel en la historia. Y las experiencias misioneras en el mundo greco-romano de las primeras décadas

⁴ D. M. Stanley, *La Iglesia Apostólica en el Nuevo Testamento*, Sal Terrae, Santander, 1969, 373 págs.

de la existencia de la Iglesia le dio una nueva dimensión con la admisión de los gentiles, así como la formulación doctrinal de su fe en un lenguaje y con patrones tomados de la cultura helenística. A esta problemática responden las cuatro partes del libro: I. La Iglesia apostólica y su predicación; II. La Iglesia apostólica y su liturgia; III. La Iglesia apostólica y el Evangelio Escrito; IV. La Iglesia apostólica entre los gentiles. Cuando en el N.T. se busca el retrato que la Iglesia se hace de sí misma, dice el autor, está claro que los cristianos de la época apostólica avanzaron en el conocimiento y aprecio del papel y carácter de la Iglesia, a medida que avanzaban en el conocimiento de Cristo, de su persona y de su obra redentora. Con su primera intuición de la exaltación de Jesús a la derecha de Dios, recibida en el primer Pentecostés, llegaron al conocimiento inicial de que constituían el nuevo Israel. Durante los primeros años de su existencia como comunidad cristiana, sus reflexiones sobre el ministerio público de Jesús y su muerte redentora les llevaron a caer en la cuenta de lo definida que había sido su intención de fundar la Iglesia aun cuando no habían sido capaces de comprender su ministerio público. Gracias al genio teológico de Pablo y de Juan, los cristianos de la época apostólica aprendieron al sentido más profundo de la Iglesia.

P. Touilleux, en su nuevo libro, *La Iglesia en las Escrituras, Preparación y nacimiento*⁵, aplica al problema capital de la preparación de la Iglesia en las Escrituras el método expuesto en su obra anterior, *Introduction à une théologie critique* (cfr. *Stromata*, 23 [1967], p. 431-432). En ésta el autor había propuesto las condiciones que harían posible una solución al problema de la integración de la historia al pensamiento teológico. Le parecía que la historia de la salvación era al mismo tiempo una historia plenamente divina y plenamente humana, debido a la orientación fundamental que recibe del Espíritu Santo y a la iniciativa relativamente creadora de los hombres. *La Iglesia en las Escrituras* es una comprobación de esta hipótesis. La misma historia es reveladora. Etapa tras etapa, a través de las condiciones cambiantes de la cultura, actualiza un doble dinamismo natural y sobrenatural que proviene de la doble relación ontológica del hombre a Dios. La relación de creación que lo constituye en su ser personal, y la relación de salvación que debe hacerlo hijo de Dios. La obra supone una concepción del hombre como dinamismo orientado pero no determinado, voto de humanismo que culmina en el apetito de absoluto y en el deseo de ver a Dios. Acogiendo la libre llamada de Dios, el hombre ve su deseo transformado en esperanza; actuado por el Espíritu Santo, este deseo se transforma en una tendencia eficaz hacia Dios como fin, en la cual se descubre cierto gusto de los bienes eternos aun antes de que un aparato

⁵ P. Touilleux, *L'Église dans les Écritures*, Lethielleux, Paris, 1968, 176 págs.; Trad. castellana: *La Iglesia en las Escrituras*, Sal Terrae, Santander, 1969, 190 págs.

adecuado de conceptos permita tomar plena conciencia. Se constituye así una intencionalidad sobrenatural gracias a la cual Dios Salvador, por el Espíritu Santo, conduce la Historia. Santa, porque es esta adhesión a Dios como fin, fruto del Espíritu Santo, la que le da su dinamismo y orientación. Toda la historia de la salvación, fruto de un encuentro entre un deseo humano de ver a Dios y el don divino que hace de ese deseo una esperanza, se encamina hacia un punto crítico cuyo presentimiento termina por causar desconcierto en las conciencias y desorden en las instituciones. Jesús pronunciará la última palabra. El mismo será esta Palabra definitiva, que esclarezca toda la historia anterior y produzca el gran cambio. En Jesús se cumple el deseo humano y su esperanza; en El la promesa y la alianza producen su fruto. El es el encuentro perfecto, la unión realizada, el doble e indisoluble *si* de Dios al hombre y del hombre a Dios.

*Misión y testimonio, La vida de la Iglesia*⁶, seleccionado y editado por P. J. Burns, es un libro de temas teológicos acerca de la Iglesia que reúne diecisiete artículos, escritos por diferentes autores y con diferentes puntos de vista, cada uno con sus opiniones personales pero todo en una presentación de la Iglesia orgánica y armónica, que hace hincapié en que la Iglesia es la comunidad de todos los creyentes, cuya organización jurídica es una necesaria, pero parcial, manifestación de aquel dinamismo por medio del cual la Iglesia realiza su misión en el mundo, conforme al estado actual, en la presente etapa de la historia de la salvación. El libro está dividido en cinco partes. La primera trata de los fundamentos bíblicos de la Iglesia, la labor previa por parte del primitivo designio divino, la conciencia de la comunidad primitiva acerca de lo que Cristo quería que fuera la Iglesia y las grandiosas intuiciones de Pablo. La segunda parte estudia la naturaleza de la Iglesia en términos generales y bajo diversos ángulos: la Iglesia como continuación de Cristo, la Iglesia como comunión eucarística en la fe; la Iglesia como signo fundamental de la presencia y actividad de la Trinidad en el mundo. La tercera parte investiga acerca de la finalidad de la autoridad en la Iglesia, considerándola como una realidad llena de significado para todos sus miembros; la naturaleza de la autoridad de la Iglesia; la relación de la autoridad de los obispos y la autoridad del Papa; los problemas que la autoridad de la Iglesia provoca entre los católicos de hoy día. La cuarta parte estudia el papel que corresponde a la concordia entre los cristianos en la Iglesia; la presentación auténtica de las verdaderas enseñanzas de Cristo sacadas de las fuentes auténticas de la Iglesia: las dos fuentes de verdad, la Biblia y la experiencia de la Iglesia a través de veinte siglos, viviendo las realidades bíblicas y el fenómeno del desarrollo gradualmente creciente en la presentación de la verdad dogmática encerrada en las enseñanzas de Cristo, por parte de la Iglesia. La parte quinta investiga, en detalle, varios aspectos de la misión de la

⁶ *Misión y Testimonio*, Sal Terrae, Santander, 1969, 338 págs.

Iglesia en el mundo: el papel que compete al Espíritu Santo en esta misión; la labor de los laicos; la misión especial de los religiosos; el lugar que debe ocupar la liturgia en la realización de la misión de la Iglesia, y el concepto de S. Juan acerca de la era de la Iglesia.

Nacido del proyecto de escribir una historia de las doctrinas eclesiológicas, el libro de Y. Congar titulado *La Eclesiología en la alta Edad Media*⁷, constituye un aporte importante al conocimiento de una historia que explique en gran parte el presente. Como lo indica el subtítulo la obra estudia el período que va desde San Gregorio Magno hasta la desunión entre Bizancio y Roma. La finalidad del autor no es la de escribir una enciclopedia, sino la de reconocer el desarrollo o la formación progresiva de las ideas referentes a la Iglesia, o bien, eventualmente las transformaciones que han conocido esas ideas. En la época carolingia, la palabra Iglesia significaba la sociedad cristiana, al mismo tiempo que el organismo sacramental o la comunidad espiritual en Cristo: el reino al mismo tiempo que el sacerdocio. A esta realidad responde la división del libro. En la primera sección Congar expone la concepción dogmática de la Iglesia y el ejercicio creciente de la autoridad papal. En la segunda sección estudia las ideas entonces imperantes sobre la sociedad cristiana y la función regia, que era una función de la Iglesia. Por último, consagra una tercera sección a estudiar la concepción y vida de la Iglesia en Oriente. Aparecen ya aquí puntos de vista divergentes que preparan el cisma. El trabajo está sólidamente documentado.

La inclusión del libro de A. Gréa, *La Iglesia y su divina constitución*⁸, escrito a fines del siglo pasado, en la Biblioteca Herder, colección donde los autores son en su mayoría contemporáneos, podría sorprender en un principio, pero al leer sus páginas se descubren pensamientos muy afines a los que busca y expresa el Concilio Vaticano II sobre el misterio de la Iglesia, la Iglesia particular, la diócesis, el obispo, los patriarcas, la colegialidad y sacramentalidad episcopal y sobre el primado pontificio, vínculo del colegio episcopal. Como hace notar Bouyer en el prólogo, la idea de jerarquía, de orden sagrado, es la que domina su síntesis. Pero su mérito está en dar de ella una noción tan profunda y viva que inmediatamente se echa de ver que la jerarquía bien entendida, lejos de sofocar ninguno de los elementos vivos de la Iglesia, es la que les da, juntamente con su coherencia exterior, su continuidad íntima y sobrenatural. Siguiendo a A. Gréa es como mejor puede percibirse que es precisamente la jerarquía la que permite a la Iglesia, Cuerpo de Cristo, ser una permanente epifanía de Cristo.

⁷ J. M.-J. Congar, *L'Ecclesiologie du Haut Moyen Age*, Cerf, Paris, 1968, 420 págs.

⁸ A. Gréa, *La Iglesia y su divina constitución*, Herder, Barcelona-Buenos Aires, 1968, 533 págs.

Con todo, como advierte la traducción castellana, no se debe leer el libro con ánimo de aprender lo último que se puede decir sobre la Iglesia. Ochenta años no han pasado en vano y pueden chocar al lector de hoy no sólo el estilo algo oratorio, sino también algunas ideas sobre las relaciones de los obispos con el Papa, sobre el papel de los laicos en la Iglesia, sobre la indefectibilidad del primado que vincula excesivamente como de derecho divino a la Iglesia de Roma y algunos otros puntos de los capítulos XXIII, XXVI, XXIX y XXXVI.

Publicado en 1937 y reeditado sin ningún cambio en 1964, el conocido libro de Congar, *Cristianos desunidos*⁹, tiene ahora su traducción al castellano. El libro está formado por las conferencias que, con motivo de la octava por la reunión de todos los cristianos, el autor había pronunciado en la basílica del Sagrado Corazón de París, en enero de 1936, y que fueron objeto de una reelaboración y de una profundización técnica. El tema de las conferencias, como lo indica el subtítulo del libro, es lo que se podría llamar principios de un ecumenismo católico. Si lo que define al ecumenismo, dice el autor, como movimiento específico de pensamiento y de acción es solamente la conciencia de que existe realmente el problema de la reunión de las Iglesias, de que ese problema no está agotado, ni siquiera plenamente abordado, con la búsqueda exclusiva de las conversiones individuales, sino que es posible determinar teológicamente el estatuto de las cristiandades disidentes como cristiandades, las relaciones de las Iglesias disidentes, como Iglesias, con la verdadera Iglesia y con su unidad, entonces puede haber, creemos incluso que debe haber y que hay un ecumenismo católico. Este libro intenta definir las bases, la naturaleza y las condiciones de ese ecumenismo. Congar ha dividido su trabajo del modo siguiente: 1º Una mirada a nuestras divisiones actuales, esforzándose por comprender, más allá del proceso verbal documental, el sentido teológico de esas divisiones (cap. I). 2º Exposición positiva e irénica de una teología de la Iglesia una, considerándola en sus dos grandes propiedades de unidad (cap. II) y de catolicidad (cap. III). 3º Exposición y crítica de las principales teorías de la Iglesia y de su unidad que existen fuera de la Iglesia católica: la ideología liberal (movimiento de Estocolmo) y la ideología ecumenista (capítulo IV); la concepción anglocatólica (cap. V); finalmente, la idea de la Iglesia que parece tener actualmente más favorable acogida en las Iglesias ortodoxas y que está inspirada en la teología eslavófila (cap. VI). 4º Una última parte, en la que aborda de manera inmediata y a modo de conclusión el problema concreto de un ecumenismo católico: ¿qué se puede hacer, qué se debe hacer, qué se puede esperar? Pero, antes, ¿qué son exactamente para nosotros los disidentes?; ¿qué son exactamente, para nuestra Iglesia —la Iglesia—, las Iglesias disidentes? Porque lo que es

⁹ Y. M. Congar, *Cristianos desunidos*, Verbo Divino, Estella, 1967, 488 págs.

posible hacer y lo que se debe hacer depende de la naturaleza de las cosas y de lo que, concretamente, existe ya. De ahí los dos últimos capítulos: ¿Qué son, a los ojos de la única Iglesia, los cristianos disidentes y las cristiandades disidentes? (cap. VIII). El autor ha añadido en apéndice cierto número de elementos documentales; sin pretender dar una bibliografía un poco completa, y menos aún exhaustiva, ha presentado algunas indicaciones que podrán servir para orientar útilmente la investigación de manera que el libro pueda ser también un instrumento de trabajo, de reflexión y de pensamiento.

Se ha traducido al francés, bajo el título *Servidor del Reino y de los hombres*¹⁰, la obra de Richard Mac Brien *The Church in the Thought of Bishop John Robinson*. Fruto de una tesis defendida en Roma en la Universidad Gregoriana, la obra merece, del mismo Robinson que la presenta, el elogio de ser la primera que intenta ver con seriedad la continuidad de pensamiento entre *Honest to God* (1963) y los demás escritos del Obispo de Woolwich desde *In the End God... A Study of the Christian Doctrine of the Last Things* (1950), hasta *The New Reformation?* (1965) (p. 5). El autor se propone estudiar la eclesiología de Robinson a la luz de las principales corrientes de la teología católica, anglicana y protestante. Tres razones lo mueven a emprender este estudio: 1) la inmediata resonancia ecuménica de todo indicio de una nueva orientación en el seno de la Iglesia Anglicana; 2) dado que la concepción eclesiológica de Robinson, como la de la Iglesia Católica, ha sufrido el influjo de la triple renovación bíblica, litúrgica y ecuménica, Mc Brien piensa que la obra de Robinson podría tener el valor de indicio, o tal vez, de presagio, respecto de una futura evolución de la eclesiología católica; 3) Robinson aparece como un símbolo de la crisis que recibe el nombre de *secularización del Cristianismo* (p. 13). Robinson no se presenta como estando en el origen de una nueva corriente de pensamiento a lo Karl Barth o a lo Rudolf Bultmann. Su originalidad consiste sobre todo en amalgamar corrientes teológicas, filosóficas y sociológicas en apariencia divergentes, y, a través de una síntesis propia, utilizar sus ideas para un designio nuevo y a veces totalmente diferente (p. 15). La vida, las fuentes y las obras de Robinson deben ser examinadas, dice el autor, en el contexto histórico de la era postliberal, que algunos prefieren llamar neo-liberal, de la teología inglesa (p. 19). Después de una breve exposición de la situación teológica contemporánea y de haber situado en su contexto la vida y la obra de Robinson, Mc Brien analiza y discute en la primera parte de su libro lo que Robinson entiende por naturaleza de la Iglesia: la Iglesia cuerpo de Cristo (cap. II); la Iglesia comunidad escatológica (cap. III); naturaleza y función del ministerio y de la liturgia (cap. IV). Dado que el ministerio y particularmente la

¹⁰ R. McBrien, *Servante du Royaume et des Hommes*, Saint-Paul, Paris, 1968, 188 págs.

liturgia reflejan la naturaleza de la Iglesia en cuanto cuerpo de Cristo y comunidad escatológica, al mismo tiempo que definen su misión en el mundo, este cap. IV introduce a la segunda parte del libro que trata de la misión de la Iglesia bajo un doble aspecto. Por un lado, la función que compete específicamente a la Iglesia en cuanto comunidad en el mundo (cap. V); por otro, la misión que ha recibido de predicar el Evangelio como comunidad misionera (cap. VI). Mc Brien se esfuerza en cada caso por considerar la posición de Robinson a la luz de la situación de las teologías dominantes, católica, anglicana y protestante, refiriéndose también a las declaraciones del Vaticano II sobre la Iglesia, la liturgia y el ecumenismo. Al final de su estudio, el autor llega a la conclusión de que Robinson es un teólogo que desconfía de los sistemas y de su expresión académica. Ha sufrido un marcado influjo de hombres como Bonhöffer, Tillich, Cullmann, Dodd. Pero su preocupación por establecer una coherencia entre el pensamiento de éstos ha introducido en el suyo propias contradicciones y ambigüedades. Tiene el mérito de haber subrayado sin equívocos que no hay eclesiología posible sin escatología, que la Iglesia debe estar sometida a las exigencias del Reino, y de haber sabido desarrollar el legado de Bonhöffer sobre la Iglesia servidora de un mundo secularizado. Sin embargo, la teología desarrollada a través de sus escritos deja numerosos problemas sin respuesta. Si el episcopado no es más que el *plene esse* de la Iglesia, ¿cuál es el lugar estructural del colegio apostólico? ¿No hay realmente diferencia esencial entre el sacerdocio ministerial y el sacerdocio universal de los fieles? La preocupación pastoral ha dominado en el espíritu de Robinson. Tal vez, por eso, dice Mc Brien, nunca dará expresión científica a su doctrina sobre la Iglesia, ni tampoco a sus otras concepciones teológicas. Sin embargo, Robinson es un personaje de primer plano en la teología cristiana contemporánea. Su importancia radica no tanto en lo que ha escrito, sino en lo que representa: una teología en crisis y una Iglesia en crisis. Ignorarlo significaría pretender ignorar uno de los fenómenos más significativos de nuestra época.

El tema del ministerio lo toca Robinson en el cap. IV de su libro *La Iglesia en el mundo*¹¹ (compilación de ensayos escritos para diversas ocasiones). Como es bien sabido, dice Robinson, en ninguna parte del NT., como tampoco del período primitivo de la Iglesia, se encuentra el término *hieruus*, sacerdote, aplicado al ministerio cristiano, aunque todos los demás oficios —obispo, presbítero y diácono— fueron evidentemente adaptados del modelo judío. Sin embargo, prosigue el autor, la Iglesia primitiva será unánime en confesar que el sacerdocio, al igual que la ley y los profetas, habían sido cumplidos, no destruidos, en Cristo. Jesús fue el verdadero sumo sacerdote; El fue el nuevo templo; en su muerte propiciatoria quedaba sa-

¹¹ J. A. T. Robinson, *La Iglesia en el mundo*, Península, Barcelona, 1967, 195 págs.

tisfecha la necesidad de ulteriores sacrificios; y la circuncisión de Cristo, en la que participaban los bautizados, era el despojamiento completo del cuerpo de carne del que el rito externo no era sino un símbolo parcial. El sacerdocio de la Iglesia no es, ni más ni menos, sino el sacerdocio de Cristo que fluye sobre su cuerpo y es ejercido por medio de sus miembros. La forma neotestamentaria de expresión pone bien en claro que el sacerdocio y el imperio —es decir, la doble autoridad del Ungido del Señor, del Cristo— están encarnados en el pueblo de Dios como en un cuerpo. Una de las pretensiones y características verdaderamente revolucionarias de la Iglesia primitiva, continúa Robinson, fue que llamó a la *koinonía* del Espíritu Santo una propiedad común. Hasta entonces lo santo había sido definido como aquello que no era común: y lo santo era la esfera del sacerdote. Con la comunicación de lo santo vino la comunicación del sacerdocio. En el N. T. todo el pueblo de Dios es llamado al sacerdocio: el sacerdocio de Cristo. En ese sacerdocio todo miembro bautizado tiene su participación. Dentro del Cuerpo hay, y los hubo desde el principio, hombres ordenados de parte suya para ejercer, en nombre de su cabeza y de sus miembros, las funciones que pertenecen a este Cuerpo en su totalidad. Mas este ministerio ordenado, que es sacerdotal porque todo el ministerio de la Iglesia es sacerdotal, es en un sentido estricto representativo, no vicario. El sacerdocio hace en el nombre del Cuerpo lo que, esencialmente, todo el Cuerpo está haciendo: no está haciendo para el resto de sus miembros lo que sólo él puede hacer, excepto cuando por medio de la ordenación la Iglesia en su conjunto deliberadamente reserva algunas de sus funciones a determinadas personas autorizadas.

El conocido libro de J. L. Leuba, *Institución y Acontecimiento*¹², ahora traducido al castellano, presenta la obra de Dios según el N. T. como realizada de dos maneras diferentes y, sin embargo, conjugadas. En la *institución*, la obra de Dios está ligada a las criaturas elegidas: Adán, Noé, Abrahán, David y José, hasta Cristo. Cristo mismo confirma esta elección eligiendo a los Doce, representantes del pueblo elegido, y dirigiéndose ante todo a los judíos. Pero en el *acontecimiento*, la obra de Dios no está ligada a las criaturas elegidas: la concepción de Cristo se realiza fuera de la ascendencia dinástica de la casa de David, su ministerio se constituye fuera de Jerusalén y de Judea, y el señorío del resucitado se atestigua fuera de Jerusalén. Del mismo modo, el origen del apostolado de Pablo es independiente del apostolado institucional de los Doce, y los paganos se convierten al evangelio fuera del Pueblo de Israel. Sin embargo, institución y acontecimiento no están separados, ni son contradictorios: la promesa hecha a David cuyo depositario es José, no tendría ninguna fuerza si no hubiera sido valorada por la concepción virginal. Jesús sería solamente uno de los muchos pretendientes mesiánicos si no fuera el hijo del hombre que muere

¹² J. L. Leuba, *Institución y acontecimiento*, Sígueme, Salamanca, 1969, 244 págs.

y resucita. La misión de los Doce sería inoperante fuera de Israel si Dios no hubiera hecho surgir el apostolado de Pablo y la explicación del evangelio que de aquí resulta. La vocación de los judíos no llegaría a constituir la gloria del nuevo Israel si los paganos no hubieran sido llamados a la conversión. Pero, además, Jesús, el hijo del hombre, encuentra en la línea davídica y más tarde en la ciudad santa de Israel toda su esencia mesiánica. Pablo encuentra en el apostolado de los Doce y en la tradición primitiva su referencia y la esencia de su propio evangelio. Los paganos encuentran en la alianza prometida a Israel la esencia de su propia salvación. Según el N. T., dice el autor, en Jesucristo, en el apostolado y en la Iglesia, se unen la institución y el acontecimiento, la alianza y su cumplimiento, la creación y la redención, el tiempo y la eternidad. No se puede dar una definición de esta unidad en términos lógicos porque se trata de una unidad viva del amor divino manifestado en Cristo, en el apostolado y en la Iglesia. También en la Iglesia poscanónica, prosigue Leuba, estarán representados la alianza y el cumplimiento, la institución y el acontecimiento. La cristiandad actual presente que catolicismo y protestantismo son complementarios y no incompatibles.

G. Thils en *¿Sincretismo o catolicidad?*¹³, siguiendo al Concilio Vaticano II (Decreto *Ad gentes*, n. 22) señala dos peligros reales que es necesario tener en cuenta: el sincretismo y el falso particularismo. En el primer capítulo, el autor se pregunta: ¿Qué es sincretismo? ¿Cuándo hay asimilación y cuándo sincretismo? Basándose en una descripción dada por N. W. Visser't Hooft trata de fijar ciertos límites. En el segundo capítulo, señala que conviene recordar lo que exige una catolicidad auténtica en lo que atañe a una identidad esencial; pero también, lo que esta catolicidad requiere en función de la diversidad, que también es esencial. En el tercero y último capítulo denuncia tres *mezclas* nefastas para la integridad del mensaje cristiano. El sincretismo que nos da una imagen superada del mundo, que deforma el auténtico evangelio y su presentación a los hombres. El sincretismo de la confusión, que puede sobrevenir dentro de las iniciativas ecuménicas que tratan de unir de cualquier forma a los cristianos desunidos. El del compromiso del mensaje y de la institución eclesiástica con una situación social, económica o cultural, que contradice y contrarresta los deseos de Cristo y la acción del Espíritu. La catolicidad, dice el autor, no es sincretismo. Al decir catolicidad pensamos más directamente en la diversidad que le es inherente y tan esencial como la identidad. Ahora bien, cuando se considera la existencia de las Iglesias cristianas en el mundo, se debe reconocer que no se ha acabado la obra a realizar en este terreno, al menos en grandes zonas de la humanidad. En muchas regiones estamos aún en la etapa que se ha llamado de universalidad, que asegura

¹³ G. Thils, *¿Sincretismo o catolicidad?*, Sígueme, Salamanca, 1968, 207 págs.

una presencia de la Iglesia, pero no se ha llegado, ni mucho menos a la de la catolicidad, en la que se encuentra la presencia de una Iglesia que ha crecido con la fisonomía, la estructura y el espíritu propio de cada región. En este sentido se podrá decir, aunque no sin atenuantes, que en las regiones no occidentales, en el sentido corriente del término, se ha inaugurado una nueva edad, la de la catolicidad, diversidad en la unidad, sucediendo a la de universalidad.

Al presentar su libro *Iglesia y civilización*¹⁴, J. d'Souza declara que no se trata de un libro documentado sino de un trabajo muy personal en el cual intenta presentar las respuestas a las preguntas que el mismo se vio obligado a hacerse a sí mismo en las circunstancias en que se encontraba. Se ha puesto a escribir con la esperanza de que sus pensamientos puedan ser útiles a otros que se encuentren con problemas similares a los suyos; para que ellos también puedan integrar sus múltiples experiencias en su limitada comprensión del misterio de la Iglesia y así llegar a la serenidad del espíritu en este tema de la Iglesia y las culturas seculares. Después de contemplar como un proceso dinámico la acción de la Iglesia y sus esfuerzos por comprender y ponerse en contacto con la actividad secular y cultural de sus hijos e informarla con su propio espíritu a través de los tiempos, el autor se pregunta hacia dónde se mueve la Iglesia de Dios cumpliendo su misión encomendada por el mismo Dios. Mirando hacia el futuro ve varias direcciones. El movimiento ecuménico, manifestación de la acción casi milagrosa del Espíritu Santo, que ampliará los límites culturales de la Iglesia sobre todo en el campo litúrgico. El contacto con el islamismo, hinduismo y budismo con sus aportes de hermandad e interioridad. El diálogo con los incrédulos que llevará a un encuentro del mundo de la ciencia con el mundo de la oración en una silenciosa adoración del Dios escondido bajo el velo de una naturaleza destinada a ser transfigurada en Cristo. La tendencia hacia la unidad en la esfera ideológica y en la social y política. El ideal de la dignidad de la persona humana, el de la base democrática del gobierno, la igualdad de los sexos, la oposición al racismo.

Hemos recibido otro ejemplar del libro en colaboración titulado *El oficio de la unidad, Fundamentos para una teología del oficio episcopal*¹⁵, ya presentado anteriormente en esta revista (cfr. Ciencia y Fe, 20 [1964], pp. 465-468; Stromata, 21 [1965], pp. 153-154). Nos remitimos, por tanto, a esas presentaciones anteriores.

Bajo el título de *Estructuras diocesanas postconciliares*¹⁶ han sido publicadas las ponencias del Symposium de obispos europeos. Las ponencias

¹⁴ J. D'Souza, *Iglesia y Civilización*, Sal Terrae, Santander, 1969, 164 págs.

¹⁵ *Das Amt der Einheit*, Schwabenverlag, Stuttgart, 1964, 311 págs.

¹⁶ *Estructuras diocesanas postconciliares*, Marova, Madrid, 1968, 142 págs.

se agrupan bajo los títulos siguientes: Iglesias locales e Iglesia universal; autoridad y obediencia en la Iglesia; el consejo presbiteral; el consejo pastoral. Finalmente una carta del Card. Cicognani al Card. Alfrink cierra la obra. Mons. Marty termina su exposición sobre autoridad y obediencia con estas palabras: "no se trata de satisfacer decisiones contingentes sino de adherirse a una obra apostólica. Para el ejercicio de la responsabilidad el obispo debe aceptar el compartir con los demás la tarea, cuya puesta en marcha él asegura. Es la solidaridad activa del presbítero lo que está en causa. Es también para cada sacerdote y cada obispo la renuncia a una actitud de propietario con respecto a su propia actividad. Lo que hacemos deja de pertenecernos, y lo que hacen los demás nos concierne. La comunión en las responsabilidades es el fundamento de la autoridad y la obediencia".

El Cardenal Suenens, en *La corresponsabilidad en la Iglesia de hoy*¹⁷, analiza la vida de la Iglesia luego del Concilio Vaticano II, con claridad, sencillez y precisión. La idea de la corresponsabilidad, dice el autor, es ciertamente clave en el Vaticano segundo, por eso pese a los límites de este concilio, el *germen de vida* más rico en consecuencias pastorales es el haber vuelto a descubrir al Pueblo de Dios como un todo, como una totalidad y en consecuencia haber descubierto la corresponsabilidad que de aquí se deriva para cada uno de sus miembros. En la primera parte del libro, presenta a la Iglesia del postconcilio en una visión de conjunto juntamente con los imperativos mayores de nuestro tiempo, que debe tomar en su vida actual con la seriedad y urgencia que tienen para su vida: la llamada ecuménica, la llamada misionera y la llamada a la presencia en el mundo. El autor hace un análisis de estos tres aspectos, que se implican, a la luz de la realidad de hoy, en un lenguaje sencillo pero teológicamente sólido. En la segunda parte de la obra, la más extensa, analiza la corresponsabilidad en todos los niveles de la Iglesia, describiendo la realidad y señalando lo que hay de avance o al menos de cambio de actitud luego del Concilio. En primer término trata de la corresponsabilidad a nivel de la Santa Sede, entre el colegio episcopal y su jefe, en el sínodo de los obispos, la corresponsabilidad episcopal y el colegio cardenalicio, la corresponsabilidad de los obispos y la curia romana. Luego examina la corresponsabilidad a nivel de los obispos. Quizás uno de los capítulos más novedosos sea el que se refiere a la corresponsabilidad a nivel de los sacerdotes, por ser un tema poco tratado explícitamente en el Concilio y por otro lado de mucha urgencia. Es tratado con sensatez, superando lo jurídico y penetrando en la realidad de los sacerdotes en la vida de la Iglesia de hoy. En cuarto término se refiere a la corresponsabilidad a nivel de los teólogos, luego al nivel del diaconado, en seguida al nivel de las religiosas. Aquí plantea el papel de

¹⁷ Card. Suenens, *La corresponsabilidad en la Iglesia de hoy*, Desclée, Bilbao, 1968, 199 págs.

la mujer dentro de la Iglesia, que a pesar de haberla aceptado oficialmente, sin embargo, en la vida cotidiana parecería no tenerla en cuenta con todas las implicancias del caso. Por último trata de la corresponsabilidad a nivel de los laicos, donde entre otras cosas toca la crisis de autoridad que corresponde más bien al sistema de gobierno en la Iglesia, que es complejo y no simplemente homologable al gobierno temporal. El laico participa de una responsabilidad común dentro de la Iglesia, concentrada en un testimonio común dentro de la Iglesia, pues participa de la igualdad radical de los discípulos de Cristo. Pero esta igualdad no significa estandarización, ya que hay una jerarquía espiritual en orden a la receptividad de la gracia. La obra de Suenens es clarificadora y sanamente alentadora. Ello se debe a que la reflexión va integrando y relacionando a todos los niveles de la vida de la Iglesia dentro de una única unidad de vida. Notamos sin embargo la ausencia de un capítulo destinado al religioso hoy, al religioso no sacerdote, ya sea contemplativo o perteneciente a una congregación activa, y a quien le ayudaría no poco una reflexión sobre su vocación en este nivel de la corresponsabilidad. Creemos que algo está dicho al hablar de los dos cleros, pero no basta.

Sobre Escritura y Tradición hemos recibido la traducción castellana de la obra de Geiselman, *Sagrada Escritura y Tradición*¹⁸, presentada ya en esta revista (cfr. Ciencia y Fe, 19 [1963], pp. 114-116). Sobre el mismo tema, presentamos también otra obra del autor, *Die lebendige Ueberlieferung als Norm des christlichen Glaubens* (cfr. Stromata, 23 [1966], p. 269), y a propósito de la obra, *Église et Tradition*, escrita en homenaje a Geiselman, hicimos referencia a su aporte al estudio de las relaciones entre Escritura y Tradición (cfr. Ciencia y Fe, 20 [1964], pp. 249-250). Nos remitimos, por tanto, para más detalles, a dichas presentaciones.

J. Perarnau nos ofrece un valioso comentario al *Decreto sobre el apostolado de los laicos*¹⁹. El autor se propone ofrecer las bases documentales del Concilio Vaticano II afrontadas con rigurosa metodología científica. Las continuas referencias a lugares paralelos de otros textos conciliares permiten una comprensión más plena y matizada de las afirmaciones conciliares. La base documental que sostiene el estudio histórico y doctrinal del texto conciliar no se limita a la documentación impresa, sino que se extiende a documentación de archivo todavía inédita. Esto ha permitido al autor dar una visión histórica del proceso de formación del decreto conciliar desde las propuestas de los Obispos en respuesta a la petición de temas hecha por el cardenal Tardini, presidente de la Comisión antepre-

¹⁸ J. R. Geiselman, *Sagrada Escritura y Tradición*, Herder, Barcelona-Buenos Aires, 1968, 389 págs.

¹⁹ J. Perarnau, *Decreto sobre el apostolado de los laicos*, Balmes, Barcelona, 1968, 536 págs.

paratoria, hasta el texto promulgado en la sesión del 18 de noviembre de 1965; a ella se suman en la Introducción, la reflexión en torno a valorar la laicidad del Vaticano II y los problemas del temporalismo, acompañada de una breve consideración sobre los sacramentos-base. La coordinada concreta del Comentario, reflejada en la tercera parte, presenta en tres apartados —temporalismo, laicos y jerarquía en la Acción Católica, problemas de fondo— algunas ideas, fruto del estudio del Decreto comentado y de los Estatutos de la Acción Católica Española, recientemente promulgados.

La obra en colaboración titulada *El único Pueblo de Dios*²⁰, reúne los textos y comentarios de cuatro documentos conciliares íntimamente ligados entre sí: Decreto *Orientalium Ecclesiarum* sobre las Iglesias orientales católicas comentado por C. Pujol; Decreto *Unitatis redintegratio* sobre el ecumenismo comentado por J. Hamer; Declaración *Nostra aetate* sobre las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas por J. Neuner; Decreto *Ad gentes divinitus* sobre la actividad misionera de la Iglesia comentado por J. Greco. La relación entre los cuatro documentos está dada por la catolicidad en el sentido que la asume la const. Lumen Gentium al hablar del Pueblo de Dios (cap. II, n. 13). La catolicidad se muestra en su pleno sentido en el hecho de la existencia de Iglesias particulares. Al ocuparse el decreto conciliar de las Iglesias orientales católicas en cuanto contradistintas de la Iglesia latina manifiesta uno de los rasgos fundamentales de la Iglesia. Aún cuando no se haya logrado la integración de las diversidades en una plena unidad, la catolicidad se manifiesta también en la comprensión y estima de aquello que de alguna manera está todavía fuera. En este contexto encuentran su lugar orgánico el Decreto sobre el Ecumenismo, y la declaración sobre las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas. El decreto *Ad gentes* entronca también con la catolicidad de la Iglesia pues la actividad misionera de la Iglesia es una exigencia íntima de su catolicidad.

Hemos recibido dos comentarios sobre la constitución *Gaudium et Spes*. El primero, traducido al castellano del holandés, y ya conocido en nuestro medio en su traducción francesa, es un comentario realizado en colaboración por varios conocidos teólogos en su mayoría peritos del Concilio. La obra, que se titula *La Iglesia en el mundo actual, Constitución "Gaudium et Spes", Comentarios al esquema XIII*²¹, consta de dos trabajos introductorios, de comentarios a la primera y segunda parte del documento y de dos trabajos finales que llevan el título de *voz de los observadores*. K. Rahner estudia la vida carismática en la Iglesia y su aplicación a los juicios de situación que hace la Iglesia reflexionando sobre la problemática teológica de una constitución pastoral. Riedmatten hace el historial de la constitu-

ción. Chenu ve en la expresión *signos de los tiempos* una de las tres o cuatro fórmulas más significativas del Concilio. Schillebeeckx sitúa la problemática Iglesia y mundo en la perspectiva de una antropología cristiana y de una teología de los valores temporales. Heylen analiza la problemática del matrimonio. Dondeyne estudia la justa promoción del progreso cultural. Lebret la vida económica y social. Calvez estudia la comunidad política y explica el sentido de participación, democracia, obediencia, subsidiaridad, partidos políticos, etc. Dubarle el capítulo sobre la paz. Los observadores anglicanos, Lawrence que pondera la solicitud de la Iglesia por los quehaceres de la existencia, y Reid que se fija más en las lagunas del documento conciliar, cierran el libro.

El segundo comentario, más completo que el anterior, es el publicado en la colección *Unam Sanctam* bajo el título de *La Iglesia en el mundo de hoy*²². Obra en tres volúmenes, reúne bajo la dirección de Congar y Peuchmaurd numerosos trabajos de autores conocidos, algunos comunes con la obra antes mencionada. El tomo I contiene el texto latino y la traducción francesa oficial del episcopado francés de la Const. *Gaudium et Spes*, más una historia de los textos elaborada por Ph. Delhaye. El tomo II luego de una introducción general de McGrath y una introducción histórica y doctrinal de Tucci, presenta una serie de comentarios a los temas de la constitución. El tomo III titulado *reflexiones y perspectivas* se divide en cuatro partes: 1) problemática general; 2) los laicos y la *Gaudium et Spes*; 3) puntos de vista ecuménicos; 4) la constitución en diálogo.

Traducido del inglés al castellano, el libro de P. J. Riga, titulado *Iglesia y Revolución*²³, es un intento de afrontar de una manera realista el problema crucial con el que se enfrenta la Iglesia hoy: proclamar la Buena Nueva de Jesús ante un mundo en fermentación, en revolución. La Iglesia, dice el autor, ha de estar en vanguardia de aquellos que trabajan en la búsqueda de un alivio para la humana miseria y a la cabeza de aquellos que construyen un mundo donde la comunidad humana ha de ser vivificada por la levadura de la justicia y del amor. Para esto la Iglesia debe renovarse internamente de tal manera que pueda ser testigo efectivo dentro del mundo, encarnando entre los hombres el Evangelio de la vida y del amor. En primer lugar, el autor fija su atención en el estilo revolucionario inaugurado por Juan XXIII que debe llevar a un modo nuevo de abordar los problemas del mundo moderno. Esto supone: establecer un orden moral para una sociedad que vive un nuevo nivel de libertad y sofisticación; alcanzar nuevas profundidades en el hondo problema de la condición humana de la Iglesia, para recortar toda pretensión eclesial.

²⁰ *El único Pueblo de Dios*, Razón y Fe, Madrid, 1968, 508 págs.

²¹ *La Iglesia en el mundo actual*, Desclée, Bilbao, 1969, 396 págs.

²² *L'Église dans le monde de ce temps, Constitution pastorale "Gaudium et Spes"*, 3 vols., Cerf, Paris, 1967, 283, 638 y 222 págs.

²³ P. J. Riga, *Iglesia y Revolución*, Sal Terrae, Santander, 1968, 217 págs.

de pompa y engrimiento; dar al culto una valentía y una espontaneidad tal que el pueblo pueda expresarse con un estilo y un lenguaje que él comprenda; trabajar en profundizar nuestra fe, de modo que dé lugar a una compasión y a un infinito amor por la familia humana para que el mundo entero con sus problemas y con su agonía sea nuestra parroquia. En segundo lugar, Riga dedica dos capítulos a explorar el significado del capitalismo moderno a la luz de las enseñanzas socio-económicas de la Iglesia y el desafío del ateísmo marxista. Ni capitalismo, ni comunismo responden de hecho al único criterio de moralidad, a saber, la promoción de la persona humana. El sistema social ideal no es un sistema socialista, comunista o capitalista; es aquel sistema que mejor promueve la dignidad humana, aumentando sus oportunidades de libertad y responsabilidad en el trabajo en el que están empeñados tanto el trabajador como el patrono. En tercer lugar, el autor analiza la relación entre la Iglesia y el mundo, reflexionando sobre el papel del seglar dentro de la Iglesia, que es el de un cristiano encargado de hacer del Evangelio la levadura de un nuevo humanismo, siendo testigo del Dios Salvador de la Historia en las realidades temporales de la vida cotidiana. Por último, expone el significado de la Encíclica de Pablo VI sobre el desarrollo de los pueblos, relacionándolo con el tema de la Iglesia de los pobres. El autor pone de relieve que la tierra ha sido entregada a todos los hombres para que la usen como seres encarnados, y en consecuencia el derecho primario de uso es superior o es anterior incluso al derecho de propiedad privada. El derecho de propiedad es medio para un fin, y por tanto subordinado al derecho de uso que es fin en sí mismo. Puesto que todo medio es relativo, la doctrina del derecho absoluto a la propiedad privada es una grave aberración social.

Nos ha llegado el tomo II de la obra de R. Bosc titulada *La sociedad internacional y la Iglesia*²⁴. En 1960, en el tomo I, el autor había presentado, de manera sintética y didáctica, el conjunto de los problemas presentados entonces a la conciencia cristiana por la guerra moderna y por el desarrollo de la organización internacional. Ese primer libro se proponía fundamentar sobre una base sociológica sólida lo que se llamaba la doctrina social de la Iglesia en materia internacional tal como se desprendía de las alocuciones de Pío XII. La presente obra abandona la presentación didáctica: sigue el orden cronológico de las intervenciones del magisterio de la Iglesia en el curso de los diez años que siguieron a la elección de Juan XXIII: 1958-1968. Fiel al espíritu ecuménico, el autor integra también los aportes del Consejo ecuménico de las Iglesias. No hace ningún esfuerzo por sintetizar la doctrina. Por otra parte, ni los Papas, ni el Concilio pretenden dar una enseñanza magistral, ni mucho menos aportar soluciones a los problemas cambiantes de las relaciones internacionales: se dirigen a la

²⁴ R. Bosc, *La Société internationale et l'Église*, t. II: 1958-1968, Spes, Paris, 1968, 263 págs.

conciencia de los hombres, plantean problemas, exhortan a la acción y a la investigación en la medida que aparecen problemas nuevos bien concretos, comercio y desarrollo, guerrillas, futuro de Jerusalén. El decenio estudiado, dice el autor, está marcado por cambios extraordinarios en la vida de la Iglesia. Un acontecimiento interior a la Iglesia: el Concilio Vaticano II. Un acontecimiento exterior: el ecumenismo. Estos dos cambios son la contrapartida de un cambio aún más radical en la sociedad humana: la desaparición de un tipo de sociedad y la aparición de un mundo planetario, unificado técnicamente, dividido profundamente por ideologías políticas y los niveles de desarrollo. La misión de la Iglesia es estimular al hombre a producir la justicia y la paz revelándole el pecado y la gracia, el pecado que obstaculiza, la gracia que supera el obstáculo al verdadero desarrollo que consiste para cada uno y para todos en pasar de condiciones menos humanas a condiciones más humanas.

Con el título de *Teología de la renovación*²⁵ y bajo la dirección de L. K. Shook y G. M. Bertrand se ha publicado, en dos volúmenes, el texto íntegro de Congreso internacional de Toronto, del 20 al 25 de agosto de 1967. Participan más de cuarenta teólogos católicos, protestantes y judíos de Europa y de América. Aunque los trabajos presentados expresan la preocupación común por el movimiento de renovación que viven hoy la Iglesia y el mundo, la diversidad de temas tratados hace que la obra carezca de unidad. Por eso, resulta imposible presentar su contenido en unas pocas líneas. Nos limitaremos al estudio de K. Rahner titulado, *Reflexiones teológicas sobre el problema de la secularización*. Rahner presenta estas reflexiones bajo la forma de cinco tesis: 1) Encontramos con frecuencia, en la historia de la Iglesia, un falso integrismo frente al cual la secularización tiene un derecho auténticamente cristiano. 2) La legítima secularización del mundo significa una tarea totalmente nueva para la Iglesia: la de crear en el interior de sí misma como un todo y en las comunidades particulares, una nueva integración eclesial entre los mismos fieles. 3) Dado que no puede manipular la sociedad en sus decisiones concretas de manera integrista, es decir, en nombre de su doctrina y de su derecho, la Iglesia tiene una tarea totalmente nueva frente a esta sociedad vuelta por la misma Iglesia a su secularidad pluralista. Se puede calificar esta tarea de *profética*; pero esto presupone esa nueva edificación eclesiosocial del pueblo de la Iglesia, mencionada ya en la tesis dos. 4) La relación de la Iglesia al mundo secular exige hoy, en el marco de la *teología práctica*, la constitución y el desarrollo de una disciplina teológica propia, que provisoriamente y a falta de un término mejor, la llamaremos *cosmología eclesiológica práctica*. 5) Con nuestro mundo secularizado se nos da una situación pluralista de concupiscencia, pero el hecho de insertarse espontáneamente en esta situación no es ya pecado. Significa, en todas las dimensiones de

²⁵ *La Théologie du Renouveau*, Cerf, Paris, 1958, 2 vols., 376 y 375 págs.

la realización existencial humana (aún en la dimensión gnoseológica), el presupuesto y el lugar de la existencia humana del cristiano: existencia *agonal* y amenazada por la falta (del olvido de Dios); existencia que debe ser aceptada tal cual por el cristiano en su permanencia y soportada de manera realista, sin querer ideologizar este mundo de manera integrista.

Escrito antes de la apertura del Concilio Vaticano II y traducido ahora del alemán al castellano, el libro de H. F. Th. Borgert titulado *La Iglesia y sus posibilidades*²⁶, encara la nueva manera de captar la vida que ha surgido y que se abre camino en todos los campos, tanto en el de las ciencias exactas como en el de las del espíritu y que no se detendrá tampoco ante la Iglesia. El autor intenta desarrollar una opinión propia motivada por la inquietud pastoral en este tiempo crítico y difícil, con el propósito de mostrar a los católicos formados un camino abierto hacia el futuro. De aquí se sigue el plan del libro. La primera parte pretende hacer visible la estructura permanente de la Iglesia a través de la Escritura. Sobre la base de este elemento permanente, la segunda se refiere a su encarnación real en la cultura occidental. Aquí se hace patente su fidelidad a las realidades originarias. No es posible evitar cierta limitación y parcialismo unido necesariamente a toda encarnación, ni tampoco un cierto desfase. Pero también podría suceder de otra manera; también son posibles otras encarnaciones, aunque serían igualmente unilaterales por natural exigencia. Por este motivo, dice el autor, quiere mostrar en la tercera parte cómo la Iglesia puede mostrarse de otra forma completamente distinta aun permaneciendo fiel a sí misma. Por último quiere aventurar un pronóstico dando, en la cuarta parte, una prudente visión del futuro de la Iglesia y presentando simultáneamente las condiciones para que sea realizable.

Otras varias obras que hemos recibido manifiestan esta misma preocupación por el futuro. *El futuro del Catolicismo*²⁷ "comprende diez ensayos, seis de los cuales podrían ser llamados críticos, en mayor o menor grado, de las tradiciones y costumbres presentes de la Iglesia en su trabajo diario" (p. 8). La obra pretende sugerir ideas y fijar señales en el camino que tenemos por delante. Los ensayos, sin embargo, no emanan de un plan concertado. El orden en que aparecen está basado más o menos en su extensión: los más cortos han sido intercalados entre los más extensos para facilitar la lectura. M. de la Bedoyere hace la introducción a la obra. Y. Lubbock presenta sus reflexiones sobre la supervivencia de la fe cristiana. B. Bishop escribe sobre el cometido de la mujer en la Iglesia. M. Goffin apunta a la infalibilidad de dirección de la Iglesia. J. M. Todd

²⁶ H. F. Th. Borgert, *La Iglesia y sus posibilidades*, Sígueme, Salamanca, 1968, 409 págs.

²⁷ *El futuro del Catolicismo*, Nova Terra, Barcelona, 1968, 297 págs.

y A. Boyle subrayan la importancia del amor y de la libertad. T. L. Westow explica la unidad. R. Brech trata de la planificación económica de la Iglesia. D. Callahan del catolicismo liberal en América. Finalmente el Arzobispo Roberts del problema de la contracepción.

*La Iglesia hacia el futuro*²⁸, fruto de una larga reflexión de los colaboradores de los *Équipes Enseignantes*, se propone ayudar a renovar la visión de la Iglesia, siempre joven, si permanece fiel al Espíritu que la anima. La primera parte reúne una serie de trabajos que procuran discernir lo que está en juego en la crisis que atraviesa actualmente la Iglesia. Crisis de cambios socio-culturales, de cuestionamiento (contestación), de negación del pasado. La segunda parte se pregunta si Jesús quiso la Iglesia. Problema fundamental que debe ser abordado y resuelto. La tercera parte entra en la problemática de lo que cambia y de lo que es permanente y actual en la Iglesia. La última parte muestra el porvenir abierto para aquellos que tienen la osadía de esperar contra toda esperanza.

Para N. M. Wildiers, en *La Iglesia en el mundo de mañana*²⁹, la humanidad actual se encuentra comprometida en un movimiento que: a) está pasando de una cultura precientífica a una cultura en la que dominan las ciencias naturales y la técnica; b) la humanidad está evolucionando de una sociedad feudal a una sociedad cada vez más democrática; c) esta sociedad está pasando de un tipo de cultura particularista y homogénea a una cultura universal, dentro de una ideología pluralista. Estos tres movimientos resumen la verdad de la historia que está en proceso. Esto nos permite ver hacia qué tipo de vida socio-cultural nos dirigimos. A la luz de esta perspectiva debe plantearse el problema religioso y pastoral de nuestro tiempo. El cristiano, más que nadie, tiene el derecho, y la obligación, de consagrarse a la tarea de la construcción de un mundo mejor y de aportar su esfuerzo en los tres campos en que se jugará la partida del mundo del mañana. La fe nos enseña que esta tarea es una vocación divina. Ha comenzado un período nuevo en la historia de la Iglesia. Esta se halla ahora lanzada con una fuerza nueva a cumplir su tarea de servidora de la humanidad, y el concilio Vaticano II ha puesto los cimientos de una nueva orientación en la vida de la Iglesia.

F. Houtart en *La hora undécima*³⁰ analiza, como lo indica el subtítulo, las esperanzas y crisis en la Iglesia. El autor contempla a la Iglesia con la mirada del sociólogo. Como dice Cox en el prólogo no es ningún romántico radical, ni tampoco un idealista anti-institucional. Examina los

²⁸ *L'Église vers l'avenir*, Cerf, París, 1969, 172 págs.

²⁹ N. M. Wildiers, *La Iglesia en el mundo de mañana*, Sígueme, Salamanca, 1969, 171 págs.

³⁰ F. Houtart, *La hora undécima*, Sal Terrae, Santander, 1968, 144 págs.

valores de colegialidad, libertad y responsabilidad personal tal como el concilio los ha enunciado, y muestra luego de qué modo pueden asumir estos valores una forma institucional en la Iglesia. La tensión en una organización es para Houtart no la desgracia que hay que impedir, sino un signo de vitalidad. La tensión indica que la organización, y en este caso la Iglesia, está pasando por el dolor y por las dificultades que necesariamente acompañan a todo cambio auténtico. Por consiguiente, el problema no estriba simplemente en dominarla, sino en asegurarse de que seguirá existiendo. En toda organización, cuando la gente realmente toma parte en la adopción de las decisiones, en vez de limitarse a vivir como ciudadanos de segunda clase, los problemas de enfrentarse con la tensión y de dominarla son mucho más fáciles de resolver. Cuando los puestos de autoridad constituyen un medio de facilitar la comunicación y de reflexionar en común, y no de que unos pocos ordenen a los demás lo que tienen que hacer, aumenta la vitalidad de una organización.

A. Pacios López, en su libro *Lo mudable y lo inmutable en la vida de la Iglesia*³¹, señala la importancia de esa distinción para orientar al creyente y evitar confusionismos. El distinguir acertadamente esos dos elementos será el hilo de Ariadna que nos oriente en el laberinto de opiniones, para saber en cada momento lo que debemos conservar, por ser irrenunciable, y lo que debemos estar dispuestos a sacrificar generosamente siempre que lo pida el bien de las almas o la caridad para que con los demás. Hay todavía en la Iglesia, dice el autor, muchas almas de buena voluntad. Bien unidas formarán en la Iglesia una fuerza arrolladora de salvación. Y esa unión la lograrán si, coincidiendo en mantener fielmente lo inmutable, dejan de dar importancia a lo mudable y circunstancial que las divide, esterilizando sus esfuerzos. Y así unidas en la defensa de lo inmutable y en la minusvaloración y prontitud de renuncia de todo lo demás, evitarán su propio confusionismo en la hora de tinieblas, y lo evitarán también a muchos indecisos y vacilantes, con su ejemplo, si cierran sus oídos a toda opinión humana, por fama que tenga, y los abren atentos al magisterio actual del Papa.

*Iglesia y tiempos nuevos*³² reúne tres ensayos: Vuelta a la fraternidad, de W. Daim; Ateos y cristianos en un mismo mundo, de F. Heer; La acción católica y la acción de los católicos, de A. M. Knoll. Tres autores católicos de la escuela de Viena se unen para invitarnos a la hermandad en la Iglesia y a la fraternidad en la humanidad. En el s. XX la Iglesia y el catolicismo constituyen un *ghetto*, en el que quinientos millones de hombres, mudos, sin decir una sola palabra propia, se dejan llevar

³¹ A. Pacios López, *Lo mudable y lo inmutable en la vida de la Iglesia*, Paulinas, 1967, 317 págs.

³² *Iglesia y tiempos nuevos*, Península, Barcelona, 1968, 135 págs.

por unos pocos voceros y representantes que presentan como opinión de todos ellos lo que hay que pensar acerca de la tercera guerra mundial, de la guerra nuclear, de las disputas entre Este y Oeste, del curso de las cosas del mundo, del comercio y tráfico de la Iglesia en este mundo y en este tiempo. Este es el estado de cosas que ninguna explicación contraria puede hacer desaparecer. Falta la formación de la conciencia: la formación de la conciencia que se sabe responsable del hermano. Todo hombre es hermano de Jesús de Nazaret. Sólo una Iglesia fraternal puede convertir en hermano al cristiano, en contemporáneo del hombre del presente y del futuro.

La obra titulada, *Mirando al futuro... después del Vaticano II*³³, reúne una serie de conferencias pronunciadas en el Palacio de las Fiestas de Estrasburgo entre el 17 de enero y el 7 de febrero de 1966, dentro del ciclo "Conferencias de Humanidades Cristianas". Como lo indica el subtítulo, tratan del riesgo y esperanza de la renovación de la Iglesia. Aportan el testimonio de un Padre conciliar, Mons. Elchinger; el de uno de los principales teólogos oficiales del Concilio, Y. Congar; el de un laico, miembro de una comisión conciliar, J. P. Dubois-Dumée; el de un observador protestante en el Concilio, Max Thurian y el de un teólogo protestante, observador "desde fuera", J. L. Leuba.

El espíritu "profético-crítico" de H. Küng preocupado por la reforma de la Iglesia, repite sus viejas críticas en un nuevo libro, *La veracidad para el futuro de la Iglesia*³⁴, que por su contenido y estilo dialéctico nos hace sentir como si estuviéramos relejendo sus obras anteriores. El autor nos advierte que no debemos buscar en este escrito su concepción sobre la esencia de la Iglesia. Para esto nos remite a su libro *Die Kirche* (p. 21) (cfr. Stromata, 23 (17967), 435-436). Aquí se propone solamente concretar y aplicar, con respecto a algunos problemas centrales de la época post-conciliar, el programa de una Iglesia que debe anunciar el Evangelio en un tiempo nuevo (p. 21). El tema central de la obra es la veracidad como una exigencia fundamental para la Iglesia. Iglesia veraz significa, para Küng, según el Evangelio, una Iglesia provisoria, sin pretensiones, servidora, con conciencia de pecado y obediente. El autor manifiesta, como en sus obras anteriores, una preocupación unilateral por el aspecto demasiado humano de la Iglesia: faltas, defectos, desviaciones del Pueblo de Dios; y la necesidad de su corrección para que aparezca el verdadero rostro de la Iglesia. Tal vez una meditación sobre la parábola del trigo y la cizaña le haría ver que junto a la cizaña crece también el trigo y que la cizaña no será arrancada hasta el fin de los tiempos.

³³ *Mirando al futuro... Después del Vaticano II*, Comercial, Valencia, 1968, 230 págs.

³⁴ H. Küng, *Wahrhaftigkeit, zur Zukunft der Kirche*, Herder, Freiburg, 1968, 240 págs.